

13 de enero de 1889

**La obediencia, base de toda vida religiosa**

Queridas hermanas

La oración de la octava de la Epifanía contiene lo que me hubiera gustado deciros y lo que empecé a deciros la última vez sobre nuestro Señor llamándonos a seguirle:

*Oh Dios, cuyo Hijo unigénito apareció en la tierra revestido de la sustancia de nuestra carne, concédenos, te suplicamos, que merezcamos ser reformados interiormente por Aquel a quien hemos reconocido semejante a nosotros exteriormente.*

Esto es precisamente lo que nos pide el Señor, ser reformadas interiormente, y cuando nos dice: Ven, sígueme, es mediante una reforma interior como el Señor nos invita a seguirle. El otro día os hablé del silencio, que es un punto tan importante para poder vivir en recogimiento, para alejar de uno mismo el pecado y para cumplir su Regla; hoy tomaré la obediencia.

Podéis estar seguras de que cualquier religiosa que comience su vida con obediencia, que llega a la vida religiosa con la mayor disposición a hacer todo lo que se le diga, a someterse enteramente a quienes tienen autoridad sobre ella (ya sea ahora su maestra de novicias o más tarde su superiora), a obedecer exactamente a su superiora y a su Regla, esta religiosa hará grandes progresos. Nuestro Señor es el modelo de la obediencia perfecta.

¿Qué hace Jesús en el portal de Belén? Obedece, no puede hacer nada por sí mismo, se entrega por entero, es obediente a la Santísima Virgen que a su vez obedece a San José, pues así eran las cosas en la Sagrada Familia. Lo vemos en el misterio de la huida a Egipto, donde el ángel le comunica a José y no a María, que sin embargo era la primera en dignidad: *Toma al niño y a su madre y huye a Egipto.* La Santísima Virgen se entrega a cualquier hora con el Niño, obedece, y se va porque José se lo dice. Esta obediencia perfecta, sin vacilaciones, sin razonamientos, sin contradicciones, es el elemento más importante de la vida religiosa.

Si nuestro Instituto se fundó, fue porque las cinco primeras hermanas aceptaron la obediencia con esta sencillez. El que se ocupaba de nosotras, que no tenía ni la autoridad de un superior ni de un confesor, sino que era el sacerdote elegido por Dios para fundar un pequeño Instituto, cambiaba a menudo de opinión; sus decisiones eran muy absolutas y al mismo tiempo cambiantes. Si no hubiéramos sabido aceptar estas dificultades con sencillez y espíritu de obediencia, es seguro que no habría habido cohesión entre nosotras, y fue la obediencia la que hizo posible que las cinco o seis primeras perseveráramos durante este tiempo de tormentas y dificultades hasta que Monseñor Affre, después de habernos dado el hábito, se hizo cargo de nosotras.

Hermanas, es esta obediencia la que os recomiendo para seguir a nuestro Señor; creed que es el único fundamento sobre el que podéis establecer vuestra vida espiritual. Hay personas que fundamentan su vida religiosa sobre las luces interiores que creen recibir de nuestro Señor. Conozco algunas que, creyendo que Dios les dice esto o aquello, llegan al absurdo. No es en las luces o sentimientos en lo que tienes que apoyarte, sino en la Regla, en las enseñanzas de la Iglesia sobre la vida religiosa y la obediencia: tienes que apoyarte en eso y no en sentimientos interiores que puedas o no tener.

Si escucháramos a esas personas que se creen elevadas por sentimientos muy elevados o por gracias extraordinarias con todas las cosas que nuestro Señor les ha mostrado, habría para hacer tres santas; pero por lo menos deberían poner en práctica estas cosas. Tienen conocimientos sobre la humildad, sobre la pobreza, sobre el seguimiento de nuestro Señor que les dice esto o aquello, pero nunca siguen la práctica, porque estas luces, estos sentimientos no duran y no podemos fiarnos de ellas. La obediencia, en cambio, siempre está ahí.

La Regla, y por tanto la obediencia, exige silencio, y las superioras están obligadas a pedíroslo porque está en la Regla. La persona que suprime las palabras inútiles, que se recoge, que hace exactamente lo que pide la Regla, esa persona practica muchas virtudes y evita muchas faltas. Siempre hay algún pecado en hablar demasiado. Vosotras, las maestras, sabéis muy bien que, si vuestras niñas tuvieran la dicha de callar, de permanecer en silencio, de hablar sólo por obediencia, haríais de ellas personas perfectas.

La obediencia se extiende a muchas otras cosas, a las ocupaciones, a la forma de llevarlas a cabo, a lo que te recomiendan en un trabajo. Muchas personas no le prestan atención, la descuidan; si se les dice diez veces que hagan algo, a la undécima vez no lo hacen. Ocurre lo mismo con las luces interiores: cuando Nuestro Señor habla a un alma de humildad y de pobreza, y le dice que le siga, ¡ay! si miras a tu interior, verás que has tratado a Nuestro Señor de la misma manera que muchas veces tratamos a una superiora que nos invita a hacer alguna cosa que no hacemos.

Si se siguieran las verdaderas y sabias luces interiores (controladas por quien tiene derecho a hacerlo) que tienden a conducir a la virtud perfecta, si cada vez que Nuestro Señor pidiera a un alma humildad o recogimiento, pobreza, atención al Oficio, cuidado en mantenerse en la presencia de Dios, si estas palabras de Nuestro Señor obtuvieran obediencia, ni siquiera para toda una vida, sino sólo para unos meses, ¡seríais personas muy distintas!

Amad, pues, la obediencia, hermanas, practicad esta virtud hacia vuestras superioras y con todas las personas que tienen autoridad sobre vosotras. Para conformarnos a nuestro Señor, que fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Hagamos el propósito de obedecer con mayor perfección, mayor humildad y más atención y cuidado; que ésta sea siempre para vosotras la razón suprema de todas las cosas. Decid en cada ocasión que se presente: «la obediencia me pide esto, y yo quiero ser obediente hasta la muerte».